

XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2020.

La sexualidad como pulsión: una espina clavada en la teoría de género.

Gomariz, Tomás Manuel.

Cita:

Gomariz, Tomás Manuel (2020). *La sexualidad como pulsión: una espina clavada en la teoría de género*. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-007/153>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/etdS/kun>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA SEXUALIDAD COMO PULSIÓN: UNA ESPINA CLAVADA EN LA TEORÍA DE GÉNERO

Gomariz, Tomás Manuel
Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.

RESUMEN

El presente escrito es producto del diálogo entre el Trabajo Integrador Final realizado para la Licenciatura en Psicología (UNLP) y lo debatido al interior del grupo de estudio 'QUIASMO' (CInIG, IdIHCS, UNLP/CONICET), orientado a la reflexión sobre el cuerpo a la luz de la articulación crítica entre los psicoanálisis y los materialismos ontológicos del siglo XXI. En primer lugar, se escenifica el debate que se ha dado en el campo psicoanalítico respecto de la pertinencia de la incorporación de la categoría de género a su corpus, invocando voces teóricas en adhesión y oposición a la misma. Tras señalar las potencialidades y limitaciones de cada una de estas posturas, se propone revitalizar la dimensión de la sexualidad pulsional a la luz del campo teórico emergente de los neo-materialismos, que nos permiten dismantlar los dualismos modernos a partir de situar la compleja interpenetración entre materialidad y significación. Desde esta óptica, el cuerpo, la pulsión y la sexualidad nos orientan en dirección a una dimensión extradiscursiva o no reductible a lo social que sin embargo no constituye una amenaza en términos de determinismo biológico, sino que permite hacer justicia a la definición freudiana de pulsión en tanto "concepto fronterizo".

Palabras clave

Género - Sexualidad - Pulsión - Nuevos materialismos

ABSTRACT

SEXUALITY AS A DRIVE: A THORN IN THE GENDER THEORY

This writing is the product of the dialogue between the Final Integrative Work carried out for the Degree in Psychology (UNLP) and what was debated within the study group 'QUIASMO' (CInIG, IdIHCS, UNLP / CONICET), aimed at reflection on the body in light of the critical articulation between psychoanalysis and ontological materialisms of the 21st century. Firstly, it stages the debate that has taken place in the psychoanalytic field regarding the relevance of incorporating the gender category into its corpus, invoking theoretical voices in adhesion and opposition to it. After pointing out the potentialities and limitations of each of these positions, it is proposed to revitalize the dimension of drive and sexuality in light of the emerging theoretical field of neo-materialisms, which allow us to dismantle modern dualisms by situating the complex interpenetration between materiality and significance. From this perspective, the body, the drive and sexuality guide us in the direction of an extra-discursive or non-reducible

to the social dimension, which, however, does not constitute a threat in terms of biological determinism, but rather allows justice to the Freudian definition of drive as a "border concept".

Keywords

Gender - Sexuality - Drive - New materialisms

I. En algunos segmentos de la obra de Michel Foucault (1976/2008), el psicoanálisis cobra relevancia en tanto discurso que ha hegemonizado la producción de conocimiento en torno a la sexualidad, asumiendo un lugar que hasta comienzos del siglo XX había sido ocupado por la psiquiatría y la sexología decimonónicas. Más allá de las notables divergencias teórico-clínicas, estas tres disciplinas podrían ser alineadas por tratarse de saberes que han contribuido ampliamente a instituir regímenes de verdad apropiados del sexo y la sexualidad. Para Foucault, el psicoanálisis emerge al modo de una tecnología individualizadora reaccionaria que ha aportado activamente a la producción discursiva de la sexualidad y de la subjetividad moderna. Se trataría de un saber que lejos de haber revelado una verdad en torno a la sexualidad, se ha encargado precisamente de producirla. Esto ha sido denunciado con tenacidad por los feminismos apropiados de la teorización que el psicoanálisis freudolacaniano ha desplegado en relación con la sexualidad femenina. Ya desde las tempranas conceptualizaciones freudianas se transparenta una cierta episteme de *lo mismo* (Fernández, 1993), que supone la homologación de lo genérico humano con lo masculino, de lo que se deriva un ordenamiento donde lo diferente no es aprehendido en su especificidad sino que es definido como complemento de *lo mismo* o como un equivalente menos. El Hombre, así, es entronizado, estatuido como eje de medida de todas las cosas; irrumpe como lo Uno que se afirma a partir de su oposición a una otredad inferiorizada, marginada y reducida a la condición de réplica imperfecta.

Nos encontramos, entonces, con teorías sobre lo femenino en las que la mujer es definida a partir de parámetros masculinos, de acuerdo con una lógica atributiva, binaria y jerárquica: es concebida por la negatividad, por lo que no es, por lo que no tiene, por lo que *le falta*. En este movimiento, la mujer es producida discursivamente como un hombre inacabado, fallado y, por ende, inferior, consideración que está presente en la letra freudiana cuando el psicoanalista -haciendo gala del falocentrismo que se le ha atribuido en reiteradas oportunidades (Tubert, 2001)- ca-

racteriza a la niña “como un pequeño varón” (Freud, 1933/1979: 109). En esta línea, Freud señala que el clítoris se constituye como un órgano “homólogo al pene” (Freud, 1908/1979: 193-194), un equivalente atrofiado del apéndice masculino, y sitúa a la vagina como el órgano propiamente femenino hacia el cual debe transferirse la estimulabilidad erógena. El pasaje de zona erógena rectora, del clítoris (que incentiva un erotismo activo) a la vagina (significada como pasiva, receptiva), estaría al servicio de una concepción de la sexualidad que tiene como eje la reproducción y no el placer (Fernández, 1993). El psicoanálisis freudiano, así, eleva el cambio de zona al estatuto de una conquista necesaria para el desarrollo psicosexual femenino, asegurando en este movimiento la preconización de la maternidad como vía regia para la realización de la mujer y la consagración del ideal familiarista.

Mediante diversas estratagemas discursivas, el saber psicoanalítico enaltece la pasividad sexual, la fragilidad y la dependencia como aspectos inherentes a lo femenino. De este modo, se refuerzan concepciones respecto de la feminidad que se encuentran firmemente arraigadas en el sentido común, como aquella que reniega de la capacidad de la mujer para realizar aportes significativos o contribuciones sustanciales a la cultura alegando su menor aptitud sublimatoria que sería efecto del menoscabo superyoico que padece por permanecer dentro del complejo de Edipo “por un tiempo indefinido” (Freud, 1933/1979: 120), al faltar en ella un motivo de fuerza que la constriña a abandonarlo. Ante este estado de cosas, emergen esfuerzos por parte de los estudios interdisciplinarios de género de promover entrecruzamientos teóricos fecundos con el corpus psicoanalítico, con el propósito de identificar elementos obsoletos, problematizar sesgos normativos e intentar alumbrar definitivamente el “continente negro” (Dio Bleichmar, 1992), asumiendo que aquel carácter enigmático que el psicoanálisis históricamente atribuyó a la feminidad no habla más que de la incapacidad de los psicoanalistas de aprehender en su especificidad aquellos aspectos que se resisten a su total asimilación a una economía representacional fálica. Nos encontramos con diversos intentos de transversalizar el saber psicoanalítico a partir de la categoría de género, en tanto noción que posibilita pensar los determinantes de la subordinación de las mujeres por fuera del ámbito de la naturaleza (Burin y Meler, 1998, 2000). Las teóricas feministas denuncian el carácter esencialista, biologicista, individualista y ahistórico de las hipótesis psicoanalíticas, y proponen en su lugar una teorización que enfatice en el papel que desempeñan los factores sociales y culturales en la determinación de las diferencias psicológicas entre varones y mujeres. Aquello que es considerado natural o expresión de una esencia previa, es en última instancia efecto de procesos de subjetivación que tienen lugar en el marco de una cultura descrita como patriarcal (Burin, 1996).

II. Una de las principales referentes de esta aproximación intersextiva entre el psicoanálisis y los estudios de género es Emilce Dio Bleichmar, quien aboga por la incorporación del concepto de género al corpus psicoanalítico como una vía epistemológica que permitiría jerarquizar la incidencia de lo político, lo histórico y lo social en la estructuración del psiquismo. La autora entiende al género como una “categoría fundamentalmente psicológica, cuyo origen se remonta a la célula familiar, que se establece como una de las coordenadas que estructuran al sujeto humano, constituyendo un sistema complejo y multifactorial que actualmente se denomina sistema sexo-género” (Dio Bleichmar, 1996: 17). Dio Bleichmar señala la relevancia del concepto de género a los fines de superar ciertos impasses que habrían terminado por acorralar a la propuesta psicoanalítica original, con la pretensión de propiciar la “eliminación de todo remanente de naturalismo dentro del campo de la revolución freudiana” (Dio Bleichmar, 1985/1997: 18). En este movimiento, se sirve de la categoría de género (*gender*), inventada en 1947 por el psiquiatra norteamericano John Money, quien la diferencia del sexo para hacer referencia a la inscripción de un individuo a un grupo culturalmente identificado como masculino o femenino (Preciado, 2014). Sin embargo, es preciso señalar que a esta categoría moderna y *moneyista* de género subyacen concepciones naturalizadas en torno al cuerpo, que es entendido en clave anatómica al modo de un existente incuestionablemente dimórfico. De esta forma, la incorporación del constructo sexo-género termina reificando la clásica dicotomía entre naturaleza y cultura, en tanto supone asumir que es posible trazar con facilidad las fronteras entre lo que corresponde al terreno de lo biológico (el cuerpo, el sexo) y lo que debe ser adscripto al campo de lo social (el género). Naturaleza y cultura, biología y sociedad, materia y significación, se constituyen, desde esta perspectiva, como dos esferas que se comportarían al modo de vacuolas entre las cuales no existe ningún tipo de interpenetración. En esta línea, Dio Bleichmar sostiene que “*bajo el sustantivo género se agrupan todos los aspectos psicológicos, sociales y culturales de la feminidad/masculinidad, reservándose el sexo para los componentes biológicos, anatómicos y para designar el intercambio sexual en sí mismo*” (Dio Bleichmar, 1985/1997: 32, énfasis de la autora). La psicoanalista introduce una categoría que se organiza de forma binaria (varón/mujer) y que instituye la codificación dimórfica de los cuerpos (macho/hembra) como hecho natural y prediscursivo. En su planteo, el cuerpo es entendido en términos esencialistas, cabalgando entre el biologicismo y el fundacionalismo biológico (Glynos, 2000; Nicholson, 1994): aunque por momentos se transparentan en sus postulados algunas consideraciones netamente biologicistas (1), Dio Bleichmar se vale de la noción de género para localizar las determinaciones del “ser varón” y el “ser mujer” en lo social. En última instancia, el género remitiría a la dupla de significados sociales culturalmente instrumentados para dar sentido a un sustrato biológico cuya codificación dimórfica se pretende natural, pre-

discursiva e impasible de transformación. Esta base, entonces, admitiría sólo dos posibilidades anatómicas que se encontrarían miméticamente recubiertas por representaciones socioculturales igualmente binarias (Fernández, 2003).

III. La posición representada por Dio Bleichmar despertó cuestionamientos provenientes de otros sectores del campo psicoanalítico que la acusaron de atribuir una importancia desmedida a los factores históricos y socioculturales. Silvia Tubert, psicoanalista de orientación lacaniana, denuncia el riesgo de diluir en lo social la especificidad de lo psíquico, lo que podría redundar en una pérdida de especificidad disciplinar e incluso en una sociologización del psicoanálisis (Tubert, 2003a). Para Tubert, Dio Bleichmar fracasa en su intento de rescatar al psicoanálisis de un reduccionismo biologicista al enaltecer un constructo fundamentalmente sociológico que preserva la idea de sexo subyacente, en la medida en que su adscripción se realiza sobre el fundamento que provee la diferencia sexual anatómica. Si bien el feminismo de la segunda ola rechazó explícitamente el determinismo biológico, en gran medida contribuye a su sostenimiento al postular la idea de que existen ciertos datos fisiológicos que se utilizan de manera similar en todas las culturas para diferenciar a los hombres y mujeres, y que aquéllos explican, al menos parcialmente, ciertos elementos comunes, transculturalmente, en la personalidad y en la conducta de ambos (Tubert, 2003a: 19).

Tubert es consciente de que la incorporación de la noción de género al psicoanálisis supone reinstalar la dicotomía naturaleza-cultura y el dualismo cuerpo-mente que han marcado el pensamiento moderno occidental, y advierte que esta oposición no comporta un carácter esencial sino que es efecto de una operación cultural: “se trata de una categorización construida que, por un lado, separa artificialmente dimensiones de la sexualidad humana que están íntimamente relacionadas entre sí, a tal punto que no se pueden precisar los límites entre ambas” (Tubert, 2003b: 362). En este punto, la psicoanalista retoma los aportes de Judith Butler (1990/2007), que desde una postura hiperconstruccionista señala que el sexo, lejos de constituir una realidad natural y precultural, no es sino un artefacto discursivo efecto de una operación que lo instituye como lo no construido. Butler denuncia la no ruptura del fundacionalismo biológico respecto del biologicismo, en tanto ambos comparten la aceptación del dimorfismo sexual como un hecho esencial e incuestionable. La filósofa invierte el orden de los términos en disputa y señala que codificamos el sexo dimórficamente porque las estructuras discursivas que poseemos son binarias. En términos de Tubert: “no tiene sentido definir al género como la interpretación cultural del sexo si el sexo mismo se entiende como una categoría del género” (Tubert, 2003a: 9).

La psicoanalista sostiene que la categoría de género no supone un aporte significativo al marco teórico del psicoanálisis, en tan-

to el mismo Freud se ha anticipado a situar aquello que la “perspectiva de género” buscaba introducir al modo de una novedad: que “la masculinidad y feminidad puras siguen siendo construcciones teóricas de contenido incierto” (Freud, 1925/1979: 276). Denuncia, asimismo, un esencialismo sociológico que supondría atribuir entidad a una clase o comunidad formada por todas las mujeres, una “feminidad genérica”, una identidad colectiva que permite al sujeto “defenderse de la angustia ante el deseo, que lo coloca frente al sentimiento de su absoluta singularidad, de su soledad” (Tubert, 2003b: 399).

Priorizará en su análisis la noción de “diferencia entre los sexos”, tras asumir que la introducción de la noción de género en el psicoanálisis amenaza con correr de la escena al objeto de estudio específico de esta disciplina: a su criterio, “la constitución del sujeto del inconsciente como sujeto sexuado, a partir de la posición que asume en relación con la diferencia entre los sexos” (Tubert, 2003a: 15). Sostiene que feminidad y masculinidad no tienen una significación unívoca ni invariable, sino que se trata de términos relacionales que sólo cobran sentido en relación con la diferencia entre los sexos. En su planteo, esta diferencia se afirmaría con independencia del orden de las identificaciones y de la cuestión anatómica, siendo efecto de una operación simbólica de división que establece dos lugares opuestos. La masculinidad y la feminidad constituyen, entonces, posiciones simbólicas, subjetivas, que se configuran en relación con el falo como ordenador. Cada sujeto, al estructurarse como sexuado, debe situarse en relación con una división preexistente. Si bien Tubert reconoce que a los lugares que resultan de esta división bipartita se adscriben rasgos contingentes y profundamente históricos (sobre lo que culturalmente se entiende por “ser varón” y “ser mujer”), al mismo tiempo advierte que “esos lugares no se nos muestran como espacios vacíos -como sostiene Lacan- y su contenido no es exclusivamente imaginario” (Tubert, 2003b: 381). En un intento de resguardar al psicoanálisis de ser arrasado por lo social, Tubert preconiza la dimensión de la “diferencia” como un aspecto que se pretende por fuera de la contingencia, la historicidad y la politicidad del campo social. La diferenciación entre lugares antitéticos, exhaustivos y mutuamente excluyentes adquiere el carácter de un imperativo estructural y estructurante que no admite ningún tipo de cuestionamiento, al presentarse como una necesidad lógica de lo simbólico. Así, el estatuto simbólico asignado a la Ley diferenciadora esconde su carácter político y contingente detrás de una máscara de neutralidad, universalidad y atemporalidad (Martínez, 2019).

IV. Tubert rechaza el carácter sociologizante de la categoría de género, al mismo tiempo que denuncia sus extravíos biologicistas, pero termina reintroduciendo un binario simbólico reciclado por la idea de diferencia entre los sexos. En su análisis, sin embargo, también logra identificar a la dimensión de la sexualidad como el objeto de indagación propio del psicoanálisis:

La sexualidad, es decir, los destinos de las pulsiones, los objetos

del placer, las condiciones eróticas, es múltiple, y no pueden dar cuenta de ello ni la dualidad de los sexos ni la de los géneros. Aunque la ambigüedad del deseo pueda fijarse en función de las diferencias, conserva su inestabilidad, su dimensión de cuestionamiento permanente. (Tubert, 2003b: 399).

La sexualidad emerge como una dimensión multívoca, inaprehensible y profundamente conflictiva, que no es considerada en los abordajes “o se presenta encubierta, de manera sintomática, bajo la denominación espuria de género” (Tubert, 2003b: 402), en un movimiento que atenta contra su potencia heurística y política. Retoma al psicoanalista Reimut Reiche, quien plantea que el término género adquirió una centralidad en la escena académica a costa de reprimir, en sentido epistemológico, al concepto de pulsión. Desde el punto de vista del deseo inconsciente -dirá Tubert- la sexualidad se dispersa en múltiples formas, caracterizándose por un verdadero polimorfismo que se burla del binarismo de género y el dimorfismo sexual anatómico. La pulsión sexual no sabe de identidades, de géneros, ni de posiciones: es una pura exigencia de satisfacción de la excitación corporal, que en todo caso se erige como fuente de angustia para un sujeto que, situado desde su yo, padece la indeterminación y la multiplicidad que entraña su polimorfismo. Los abordajes que gravitan en torno al concepto de género y la lógica de las identidades persiguen el objetivo tácito de desterrar a la sexualidad y su carácter problemático, ambivalente y contradictorio. En palabras de Teresa De Lauretis, “la cuestión de la sexualidad ha sido desde el principio una *espina clavada* en la teorización del género, y ha continuado siendo una presencia molesta hasta la teoría queer contemporánea” (De Lauretis, 2019). De Lauretis, así, señala el carácter problemático de la pulsión sexual en tanto dimensión que, si hacemos justicia a la clásica definición freudiana, no puede ser reducida a la condición de una mera proyección de las estructuras biológicas pero que tampoco puede ser diluida en la maquinaria discursiva. En términos de Freud, la pulsión se erige como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (1915/1979: 117).

Bajo los términos propios de la teoría queer de linaje foucaultiano, en la que el sujeto y la sexualidad son connotados en términos exclusivamente discursivos, la concepción de sexualidad freudiana es acusada de esencialista por conferir un papel a la materia corporal, su actividad y sus procesos, irreductibles a las narrativas. Sin embargo, la noción de pulsión no debería remitirnos inmediatamente a una idea determinista de naturaleza y biología que únicamente podría contribuir a reinstalar posiciones reaccionarias a la hora de pensar el cuerpo y la sexualidad, sino que es preciso recuperar su potencia conceptual a partir

de la invocación de líneas epistemológicas contemporáneas como los neo-materialismos. Desde esta perspectiva novedosa, materia y lenguaje no se oponen de manera irreconciliable, sino que se apunta a elucidar y desmantelar estos dualismos a partir de situar la compleja inter-implicación e interpenetración entre materialidad y significación. La dimensión ya presente en Freud, sugerida por Tubert, y revitalizada a la luz de la propuesta neo-materialista, abre un área promisorio de indagación para el psicoanálisis, al resguardo de los reduccionismos biologicistas y simbólicos. Desde la óptica de los Nuevos Materialismos, el cuerpo, la pulsión y la sexualidad nos orientan en dirección a una dimensión extradiscursiva o no reductible a lo social que sin embargo no constituye una amenaza en términos de determinismo biológico. La irrupción de los neo-materialismos en la escena intelectual resulta sumamente fecunda para el psicoanálisis porque permite reescenificar la esterilidad de los debates que se han dado en su campo respecto de la pertinencia o no de la categoría de género, al mismo tiempo que posibilita revitalizar la potencia de una propuesta propiamente psicoanalítica respecto a la sexualidad y la participación del cuerpo en la constitución subjetiva.

NOTA

(1) Por ejemplo, al tratar de rebatir la tesis de la masculinidad primaria en la niña argumentando que el cerebro humano, embriológicamente, es un cerebro “hembra” (Tubert, 2003b).

BIBLIOGRAFÍA

- Burin, M. (1996). Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables. En M. Burin, & E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 61-99). Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. y Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (1990/2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- De Lauretis, T. (2019). *Lección Magistral D^a Teresa De Lauretis*. Acto de inauguración del Máster en Estudios LGBTIQ+. Miércoles 18 de septiembre de 2019. Paraninfo de San Bernardo, Universidad Complutense de Madrid.
- Dio Bleichmar, E. (1985/1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Coyoacán (México): Fontamara.
- Dio Bleichmar, E. (1992). Los pies de la ley en el deseo femenino. En A. M. Fernández (Comp.). *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias* (pp. 136-146). Buenos Aires: Paidós.
- Dio Bleichmar, E. (1996). Feminidad/masculinidad. Resistencias en el psicoanálisis al concepto de género. En M. Burin, & E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 100-139). Buenos Aires: Paidós.

- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión: pactos y contratos entre hombres y mujeres*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, J. (2003). "Los cuerpos del feminismo". En Maffia, D. (comp.). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero* (pp. 86-96). Buenos Aires: Feminaria.
- Foucault, M. (1976/2008). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol. 1*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1908/1979). "Sobre las teorías sexuales infantiles". *Obras Completas*, Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1979). "Pulsiones y destinos de pulsión". En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925/1979). "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", en *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933/1979). "33ª conferencia. La feminidad". *Obras Completas*, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Glynos, J. (2000). "Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory". *Philosophy & Social Criticism*, 26(6), (pp. 85-108). London, Thousand Oaks, CA & New Delhi: Sage Publications.
- Martínez, A. (2019). La terceridad semiótica: Una crítica feminista a la Ley Simbólica del Padre en Psicoanálisis. *Aquila*, 9 (21): 55-96.
- Nicholson, L. (1994) "Interpreting Gender", en *Signs*, volumen 20, número 1, pp. 79 y ss.
- Preciado, P. B. (2014). *Testo yonqui: sexo, drogas y biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Tubert, S. (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Síntesis.
- Tubert, S. (2003a). La crisis del concepto de género. En S. Tubert (comp.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto* (pp. 7-37). Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (2003b). ¿Psicoanálisis y género? En S. Tubert (comp.), *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto* (pp. 359-403). Madrid: Cátedra.